

EL DIOS DE LOS ARTISTAS

Le Dieu des artistes, Melanges de science religieuse, 40 (1983) 157-173.

Estas reflexiones no son más que un esbozo, un mero abrir perspectivas expresamente no se ha pretendido hacer un análisis exhaustivo. El trabajo se limita a recoger reminiscencias espontáneas de la más diversa procedencia.

MÁS ALLÁ DE LAS APARIENCIAS

En tiempos de Molière tanto la opinión pública como la Iglesia eran muy poco indulgentes con los comediantes. En las *Maximes et réflexions sur la comédie* de Bossuet, del 1694, se puede leer, refiriéndose precisamente a aquél autor: "Tal vez la posteridad conozca el fin de este poeta comediante que (...) pasó de las galanterías del teatro (...) al tribunal de Aquél que dice: Ay de vosotros los que reís!, porque vuestra risa se convertirá en llanto'. Quienes han dejado en la tierra los más notables monumentos no están por ello a cubierto de la justicia de Dios; y las hermosas canciones de nada servirán ante Dios, quien no perdonará (...) a quienes han dado pie a la concupiscencia".

Aun ahora, cuando tanto han cambiado las cosas, ¿no están todavía considerados los artistas -y no solamente los comediantes- como gentes banales, de ligeras costumbres, descreídos o incrédulos?

Veamos, sin embargo, la respuesta de varios artistas a la pregunta precisa y directa de: "para Vd., ¿quién es Jesucristo?".

Maurice Chevalier, artista de variedades, dice que asimila Jesucristo a Dios y que hace todo lo posible para comportarse como cristiano con la esperanza de que, en el día del juicio, Dios lo acogerá como a hombre de buena voluntad. Olivier Messiaen, compositor, miembro del Instituto de Francia, afirma que Jesucristo es modelo y camino, es Hijo de Dios encarnado, es Dios; su vida, muerte y resurrección, su gloriosa venida son los únicos acontecimientos realmente válidos de la historia. Henri-Georges Clouzot, cineasta, dice: "Sin Cristo, Dios tendría para mí dos rostros imposibles de reconciliar: uno, resplandeciente, el que se lee en la grandeza y hermosura del mundo...; pero, también, el rostro nocturno, el de las tinieblas del mal metafísico, que manifiesta tanto el sufrimiento de las bestias como la miseria del hombre (...). El paso de Jesús por la tierra no resuelve el dilema, pero me ayuda a aceptarlo (...); haciendo del suplicio el acto propio del amor me hace sentir vergüenza de mi poca fe y me invita a seguirlo". Y Louis de Funès, actor, declara: "Jesucristo ha sido para mí el radiante compañero de mi infancia, de mi adolescencia y es ahora y siempre el radiante compañero de mi vida familiar y profesional". Finalmente, Fernand Ledoux, otro actor contesta: "Jesucristo es Aquél que está en la plenitud de su divinidad y en la santidad de su humanidad. Misterio y realidad. Amor. Paz y luz. Justo y compasivo... A pesar de nuestras miserias, nuestras traiciones, nuestras debilidades. No cesa de invitarnos a seguirle. Nos ilumina y nos abre el camino que lleva a la vida en la que ya no hay muerte".

Profundizando un poco más, veremos, en un segundo paso, cómo el arte por sí mismo puede conducir hacia Dios, pues, aunque es preciso reconocer que a menudo más bien

aleja de Dios, también es cierto que no menos frecuentemente la experiencia artística se convierte para el que la asume conscientemente en una especie de camino religioso. Esto nos llevará naturalmente a un tercer paso: el rápido ascenso de un arte que se ha convertido en expresión de fe, un arte sagrado; y aquí acompañaremos al aficionado al arte, que lo contempla y lo saborea hasta el punto de encontrar a Dios.

CUANDO EL ARTE SE ALEJA DE DIOS

Por honestidad hemos de reconocer que el arte puede alejar de Dios. Ocurre, en efecto, que el artista, aupado por su propia potencia, se siente creador en el sentido más radical, capaz de reconstruir el mundo y no solamente de expresarlo, representarlo o enriquecerlo. La empresa es entonces concebir y fabricar lo totalmente nuevo, hacer acampar un hombre inédito en un universo imprevisto. Se trata de dislocar para inventar, de deshacer para rehacer. Ha dicho François Mauriac que Picasso destruye el rostro humano, que, entre los abstractos, el odio a lo figurativo oculta una impotencia ante el modelo, que no es quizás más que una réplica de un modelo eterno. Podemos no suscribir totalmente estas apreciaciones, pero, ¿cómo no quedar desconcertados o indignados ante el furor iconoclasta con que tantos pintores y escultores se ensañan sobre el rostro humano? ¿Es, tal vez, Dios o quizás su recuerdo lo que se quiere alcanzar a través de su imagen? De todos modos, ¡qué distancia entre tanta geometría seca y monótona y la realidad siempre viva e inagotable! "Es un mundo gélido -dice André Frossard-. Se trate de las artes plásticas, de las letras, del cine, está trágicamente helado. La música no es otra cosa que el golpeteo de los cubitos de hielo en un vaso; la pintura, fragmentos de hielo flotantes que se entrechocan. Es horrible...".

Puede ocurrir, en fin, que el arte se convierta en un sustituto de la religión, puesto que, perdurando la obra al morir su autor, éste, de alguna manera, sobrevive en ella. André Malraux veía en el arte una "victoria sobre la muerte"; pero distinguía perfectamente entre la relativa intemporalidad del arte y la inmortalidad efectiva del artista.

Pasa también que el artista, arrebatado por los honores y alabanzas, se cree en la cumbre de una torre de Babel que él mismo habría levantado. "Seréis como dioses" decía el tentador a Eva... Cualquiera que sea su género literario, este texto bíblico expresa admirablemente un vértigo humano siempre amenazante.

Decimos todo esto refiriéndonos al que pone su atención en obras de arte auténticas; pero, ¿qué decir del espectador o lector de tantas obras mediocres que, lejos de conducir a Dios, falsean la inteligencia, deprimen el corazón y mellan la voluntad? Y, ¿qué podemos también decir de un arte sagrado decadente que, confundiendo santidad con melosidad, grandeza con grandilocuencia, poder con acumulación, entraña en definitiva el rechazo de Dios y el de sus caricaturas?

CUANDO EL ARTE CONDUCE A DIOS

En la experiencia de la inspiración

En la antigua Grecia se creía que los artistas estaban inspirados por Dios y se hablaba de su "entusiasmo", palabra que viene de *Theos* (Dios).

Sabemos que, cuando Händel acababa la segunda parte de su célebre Mesías, la que termina con el vibrante "Al.leluia", lo encontraron bañado en lágrimas y exclamando: "Me parece ver ante mí el mismo cielo y a Dios en toda su gloria". Henri Brémond dice que la exaltación creadora en el caso de Händel invita a pensar que el yo profundo del artista recibía "las visitas de Dios". Podemos añadir con Alfred Colling que, si la música y la mística se encuentran a veces, sin, empero confundirse, es porque una y otra son "dos aberturas al infinito".

Un poeta de hoy, Pierre Emmanuel, escribe: "Hay momentos en los cuales yo creo que un artista llega a tocar la esfera de lo sagrado y me inclino a pensar que son estos los momentos en que alcanza la mayor profundidad de su alma". La palabra que surge de la profundidad del hombre, y especialmente del verdadero artista, siempre expresa conjuntamente algo del misterio humano y del misterio divino.

"Dios mismo es la inspiración" afirma el cineasta Robert Hossein. Para explicar una especie de colaboración misteriosa de la que el artista tiene a veces experiencia dice que "lo que se os da en determinados momentos se os da por añadidura".

Es como si en el ardor de su trabajo creador el artista experimentara la presencia en él, actual y actuante, de su propio creador. "La creatividad humana comporta innegables aspectos de dependencia -señala Jean Dominique Robert-, si se quiere, de referencia a Otra cosa, alrededor de la cual gira la idea de inspiración... indicando claramente que el creador humano crea por gracia de Otro del cual es como el instrumento".

En la experiencia de la creación como acto

A menudo, en la dura elaboración de su obra, el artista experimenta a la vez la resistencia de las cosas y los límites de su poder. Descubre que más que creador es ordenador de elementos preexistentes. Puede, entonces, entrever lo que es la verdadera creación, la que sale de la nada, la que sólo Dios, artista supremo, puede hacer. Y puede también admirar su propia dignidad de colaborador de Dios en el embellecimiento de un universo inacabado y confiado a sus cuidados. Se goza con François Varillon de que "Dios cree creadores".

Por otra parte el artista ha de deplorar continuamente la distancia que va de la obra soñada a la obra acabada. En el fondo no llega nunca a producir la verdadera obra maestra, solamente se aproxima a ella. Como escribe también Varillon: "el arte en cualquiera de sus formas profetiza lo que es incapaz de dar". Ante esto puede brotar el desánimo o la desesperación, pero también la sorda conciencia o el reconocimiento explícito de esta sed de belleza absoluta que hay en todo hombre y muy particularmente en el artista.

¿No es porque vive este impulso hacia el absoluto y quiere participarlo, que el artista junta espontáneamente arte y religión? "Sacrifiquemos la vida al arte", proponía Beethoven, y añadía: "Que el arte sea un santuario". Y Bernanos señalaba que "la vocación de escritor es el otro aspecto de una vocación sacerdotal". Una compañera de tablas escribía a Thérèse Dorgeval, joven émula de Eva Lavalliére en el género de *Varietés*, al día siguiente de su entrada en religión: "Sin sorpresa me enteró de vuestra vocación. Una artista que no se sienta religiosa no posee una verdadera alma de artista.

Sí, verdaderamente, la presentáis, ¿no es verdad? Es necesario ser una artista doblada de religiosa o una religiosa doblada de artista. Es el arte divino, tal como Dios lo hizo".

Esto deja entrever hasta qué punto la vocación y la actividad artística se sitúan a un nivel mucho más profundo que el de la sola inteligencia especulativa, en el misterioso trasfondo de la personalidad, al que pertenecen la imaginación, la efectividad profunda, la sensibilidad última, que permite la intuición y la invención, que introduce al reencuentro con las cosas, los seres, Dios mismo. "Dios sensible al corazón", así es cómo Pascal definía la fe.

Jean-Paul Sartre, que afirmaba no tener fe, ya de niño pensaba que escribir "era crear en el absoluto alguna cosa que escapaba a los hombres y que debía ser leída por el ojo de Dios". Adulto, se limita a reconocer que siempre se da a lo que se escribe "una especie de valor transhumano"; pero concede que "lo bello aparece como lo que los hombres aprueban en lo que es otra cosa que la simple aprobación de los hombres". "La aprobación de los hombres precisa- es un signo de que el objeto tiene un valor transhumano".

En la experiencia de la creación como obra divina

El mismo corazón que permite al artista crear le permite también contemplar. "Quien no mira con el corazón -afirma Robert Hossein- es un ciego. El que no escucha con el corazón es un sordo". Remontando el río y dejando las riberas, el artista encuentra a menudo la fuente. "Sea pintura, escultura, poesía o música -escribe Henri Bergson-, el arte no tiene otro objeto que el de apartar (...) todo lo que enmascara la realidad para enfrentarnos cara a cara con la realidad misma". Y ésta, en su existencia multiforme y abigarrado esplendor, reenvía, más o menos explícitamente, al artista por excelencia que la ha creado.

Albert Camus, sin dejar por ello su increencia, declaraba ante un paisaje imponente: "Tanta belleza y tan rica parece venir de otro mundo". Pierre-Henri Simon notaba que estaba ahí "el único acceso natural de este espíritu a la orla de lo divino". Albert Einstein, ante la existencia y el orden del cosmos confesaba espontáneamente el carácter "religioso" de su emoción. Beethoven no separaba a Dios de la naturaleza gratificante: "¡Todopoderoso! clamaba-, en las frondas soy feliz - feliz en los bosques - donde cada árbol habla de ti - ¡Dios mío, qué esplendor! - En estas arboledas, sobre estas colinas - está la paz.-el sosiego para servirte".

Mucho antes que Beethoven, Platón ya establecía "la anterioridad de un arte divino sobre la naturaleza, que la penetraba toda". En un sermón medieval se lee también: "Dios se ha preocupado de componer para nosotros excelentes escritos (...). Se encuentran en dos libros: el de la creación y el de la Escritura". Pierre Emmanuel se pregunta si para el poeta la contemplación activa de la belleza mientras crea, no será "el análogo de la escucha de la palabra divina".

En la experiencia conjunta de lo fútil y lo esencial

Mejor que el profano, el artista, al intentar expresar su propia realidad o la que lo rodea, se hace consciente del desajuste que hay entre la realidad y su trasposición y, sobre todo, entre lo que él mismo es y lo que dice o hace.

Es cierto que hay artistas que ignoran este último divorcio. Su arte es para ellos la expresión más auténtica de su propio ser. "Cuando me quito el maquillaje es cuando realmente llevo una máscara" estima Jean Guidoni, un actor contemporáneo. Pero, aún reconociendo esto, el actor es, en general, entre los artistas, sensible a la distancia que hay entre personalidad y personaje. El constante desdoblamiento que le impone su oficio puede tanto dislocar su yo como amplificar su lucidez. De manera inesperada, el descubrimiento de su precariedad le orienta hacia lo esencial. Siente el vivo deseo de una purificación.

Este itinerario psicológico puede explicar la fidelidad de algunos artistas a la imposición de la Ceniza, al comienzo de la Cuaresma, respondiendo así a la invitación póstuma del pintor Adolphe Willette, en 1926, que con ella pretendía un triple objetivo: "Advertir a los artistas famosos, dar ánimo a los menos afortunados, recordar a todos, y especialmente a los que hayan de morir durante el año, la gran vanidad de las ambiciones y de las glorias que pasan".

Entrever lo esencial en la humildad, ¿no es ya emprender un camino que lleva a Dios?

EL ARTE COMO EXPRESIÓN DE FE CRISTIANA

"Todo arte sagrado -dice André Malraux- supone que aquellos a los que se dirige tienen por segura la existencia de un secreto del mundo que el arte transmite sin desvelar, pero en el cual hace participar". Haciendo esto el arte ejerce "su acción religiosa".

A la pregunta de quién es para él Jesucristo, Marc Chagall responde: "Me es difícil encontrar palabras para responder a esta cuestión pero lo que yo experimento sobre este punto desde que sostengo un pincel en mi mano se puede ver en mis obras, si es que he conseguido expresarme con claridad".

Innumerables testimonios a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía revelan la presencia sostenida de una expresión artística de la fe. La pintura suministra una serie inacabable. La música sacra cuenta con el genio de los grandes compositores; hoy el canto gregoriano, que se había refugiado en las abadías, atrae una vez más a las multitudes. Las grandes catedrales, de audaz arquitectura, permiten percibir a los turistas atónitos algo de la invencible fe de sus constructores.

Es cierto que el arte sagrado tiene siempre sus límites ya que expresa a Dios "por los elementos del mundo" y "no le puede dar gloria más que de manera indirecta y furtiva", como dice Guitton. Pero conserva su eficacia. Nacido de la fe puede introducir a la fe. El célebre pintor japonés Foujita reconoce que el arte cristiano ha jugado un papel fundamental en su educación religiosa. "Cuando vi la Cena de Leonardo da Vinci -confiesa- me sentí trastocado. Me dije que en aquella obra había algo muy diferente de la mera pintura".

EL ARTE, CAMINO HACIA DIOS PARA EL AFICIONADO

Platón en su célebre *Banquete* se eleva desde la sensibilidad a la belleza del cuerpo espléndido de un adolescente a la contemplación de la belleza espiritual y, desde ésta, a su fuente, el alma. Del alma asciende a las más altas realidades espirituales, las ideas eternas, en las cuales, en un breve e inefable encuentro, el alma puede por fin contemplar el mismo Bien, que en Platón puede muy bien ser una expresión de Dios.

Es verdad que la belleza física puede reenviar a un misterioso más allá de sí misma. Julien Green, en su *Leviathan*, constata que "al aproximarse a la belleza hay en el hombre algo que enmudece". Este silencio es un homenaje que supera realmente a la persona que lo rinde.

Más allá de todo análisis racional, las obras maestras se imponen con una "misteriosa necesidad", y la radiante intensidad de su presencia evoca una irreductible trascendencia que absorbe a sus propios autores. La belleza parece entonces dada como una gracia. Ligada a su quasi perfección, su necesidad se dobla de gratuidad. Son muchos los que, con Simone Weil, entrevén que "el sentido de la obra de arte se encuentra más allá del mundo creado".

El salto de la obra de arte a Dios se efectúa de manera privilegiada en el caso de la música. "La música crea un espacio tanto más amplio cuanto más bella es, como si fuera a abrir las puertas más allá de las estrellas", nos dice Frossard. Y el propio Beethoven decía al tocar las Variaciones de Schubert: "Verdaderamente, en este Schubert hay un destello divino".

La lectura familiar de los grandes textos religiosos puede adquirir análoga eficacia. La práctica asidua de Dante, en la Divina Comedia, de San Agustín o, sobre todo, de los Evangelios puede hacernos sobrepasar el placer estético, llevándonos al inesperado encuentro con Dios. Como dice Frossard, "el arte ejerce su atracción sobre esta aptitud para lo divino que hay en nosotros".

CONCLUSIÓN

Hemos visto cómo no es posible hacer de los artistas un mundo inevitablemente cerrado a Dios; cómo, muy al contrario, los artistas gozan de una ocasión privilegiada para encontrar a Dios en el corazón mismo de su búsqueda apasionada de la belleza. Y otro tanto podemos decir de los aficionados al arte.

Podemos también añadir que el progreso técnico amplifica las posibilidades de ello y, por consiguiente, de la eficacia religiosa de las obras maestras. Las reproducciones, cada vez más fieles y perfectas, de lienzos y esculturas y, sobre todo, las grabaciones musicales, permiten esta aproximación, por el arte, del hombre a Dios. Especialmente la música, que por medio de las grabaciones nos llega consoladora, nos ofrece un refugio en un mundo duro, en el que la mentira mata, la competitividad aísla y el amor, muy a menudo, degenera en lenguaje meramente útil para el consumo. Y desde este refugio, que nos recupera más o menos eficazmente, nos proponen un camino abierto a Aquel que es Paz, Amor, Fidelidad.

Hoy como siempre, como Dios mismo, los caminos del arte están siempre a nuestro alcance.

Tradujo y extractó: ENRIC COMAS, S.I.